

DOMINGO II DE CUARESMA

CICLO A

2ª Lectura (2 Tim. 1, 8-10)



“Dios nos llama y nos ilumina”

«Querido hermano: Toma parte en los duros trabajos del Evangelio, según las fuerzas que Dios te dé. Él nos salvó y nos llamó a una vida santa no por nuestros méritos, sino porque antes de la creación, desde tiempo inmemorial, Dios dispuso darnos su gracia, por medio de Jesucristo; y ahora, esa gracia se ha manifestado por medio del Evan-

gelio, al aparecer nuestro Salvador Jesucristo, que destruyó la muerte y sacó a la luz la vida inmortal.» (2 Tim. 1, 8-10).

“Toma parte en los duros trabajos del Evangelio, según las fuerzas que Dios te dé”: La primera manifestación que ha de tener esa gracia sacerdotal (aludida poco antes: *“Reaviva el carisma de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos” [1, 6]*), ha de ser la de fortalecer la natural timidez de Timoteo para que jamás se avergüence del testimonio de nuestro Señor Jesucristo, es decir, que Timoteo ha de dar testimonio de nuestro Señor Jesucristo en medio de dificultades no pequeñas.

Indudablemente era heroico predicar el evangelio de un crucificado por los romanos a la cara de un salvaje romano (la Bestia). Se consideraba como demencial un mensaje proveniente de un crucificado:

*«Porque pienso que, a nosotros, los apóstoles, Dios nos ha asignado el último lugar, como condenados a muerte, puestos a modo de espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. **Nosotros, necios por seguir a Cristo;** vosotros, sabios en Cristo. Débiles nosotros; mas vosotros, fuertes. Vosotros llenos de gloria; mas nosotros, despreciados. Hasta el presente, pasamos hambre, sed, desnudez. Somos abofeteados, y andamos errantes. Nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Si nos insultan, bendecimos. Si nos persiguen, lo soportamos. Si nos difaman, respondemos con bondad. Hemos venido a ser, hasta ahora, como la basura del mundo y el desecho de todos.» (1 Cor. 4, 9-13).*

A pesar de estas dificultades, S. Pablo exhorta a su discípulo Timoteo a dar testimonio de Cristo Jesús hasta los confines de la tierra y hasta la consumación de los siglos.

Cuando S. Pablo escribe a Timoteo, estaba preso, atado con cadenas como un vulgar malhechor, a semejanza de su Maestro, Cristo Jesús. Y al igual que hiciera el Señor con sus discípulos, aleccionándolos para que no se escandalizasen cuando llegara la cruz, así también S. Pablo previene a sus discípulos para que, cuando perezca bajo la espada romana, no se escandalicen.

¿El gran apóstol del evangelio de Dios recibirá su paga encadenado en un calabozo? ¿Qué providencia es ésta? ¿No se puede afirmar sin ambages que S. Pablo ha sido abandonado por Dios? ¿No está gritando muy a las claras que S. Pablo ha tomado un camino equivocado y rectificado

por la sabiduría de la espada romana? ¿No lo abandonaron también sus amigos?:

«*Nadie me asistió, antes bien todos me desampararon.*» (2 Tim. 4, 16).

¿No se sentirá también Timoteo invitado a abandonar a su maestro por iluso? –Esto es lo que quiere atajar S. Pablo en esta exhortación para que Timoteo “*tome parte en los duros trabajos del Evangelio*”. Y aunque tenga cierta seguridad S. Pablo en la nobleza de su discípulo Timoteo, sin embargo, ¿la tiene también contigo? ¿No recalitras cuando las exigencias del Evangelio llaman a las puertas de tu corazón? ¿No disimulas la huida con una remolonería vergonzante? ¡En fin, hermano, para qué seguir...!

S. Pablo no es un delincuente encarcelado, sino “*prisionero del Señor*”. Por tanto, escandalizarse de sus cadenas sería escandalizarse de Cristo Jesús crucificado. De aquí la exhortación de S. Pablo invitándole a Timoteo a “*compartir con él los sufrimientos*” por el Evangelio:

«*Συγ-κακο-πάθησον.*

Aoristo imperativo –παθέω. Participar uno en el sufrimiento.»

(ZERWICK, M.; *Analysis Philologica N. T. Graeci*).

S. Timoteo, S. Pablo, tú, quien te escribe... todos tendremos que sufrir no poco a causa del evangelio de Cristo Jesús: ¡No nos engañemos! ¡No te engañes!

Compartir los sufrimientos en este mundo, a causa del Evangelio de Cristo Jesús, viene a convertirse en un consuelo divino nada despreciable para la salvación propia y de la humanidad. Pero advierte S. Pablo a su discípulo que ese compartir los sufrimientos en la cruz de Cristo Jesús sólo es posible mediante la gracia de Dios, que Dios no niega a quien con sinceridad busca el Evangelio del Señor. La victoria sólo será posible con “*las fuerzas que Dios te dé*”.

Será consolador para Timoteo saber que ese poder de la gracia le ha sido dado por “*la imposición de las manos*” (1 Tim. 4, 14), es decir, por la ordenación sacerdotal.

“Él nos salvó y nos llamó a una vida santa no por nuestros méritos, sino porque antes de la creación, desde tiempo inmemorial, Dios dispuso darnos su gracia, por medio de Jesucristo”: *“Las fuerzas que Dios te dé”* tienen una finalidad: la *“vida santa”*. No sería correcto gastar tus energías en la industria, el deporte, el dinero, hedonismo, honores... No; Dios no te llama a la industria, sino *“a una vida santa”*. Esto no quiere decir que sea delito el trabajo en la industria, sino que no debes idolatrar algo tan efímero como la industria, que, para ti, no trascenderá tus días. Y como la industria, todo lo demás que no es Dios.

Este engaño es tan común que muy bien se puede decir sin error que el hombre es un pobre necio, salvo raras excepciones de santos inmortales:

«El número de necios es infinito.» (Qo. 1, 15 [Vulgata de S. Jerónimo]; Jer. 10, 8).

La voluntad que Dios tuvo de salvarte es una gracia inmerecida de tu parte, pero que Dios te la otorga gratuita y amorosamente, sin que tú hayas merecido nada en tu favor:

«Nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor.» (Ef. 1, 4).

«GRACIA COOPERANTE.

En consecuencia, si es poderoso en llamarnos y bueno graciosamente, y no por deuda, no es necesario tener miedo. Pues Él, que cuando era necesario que fuéramos salvados, aun siendo enemigos, nos salvó por la gracia, cuando ve que trabajamos, ¿no colaborará mucho más con nosotros? “No en razón de nuestras obras”, dice, “sino por su designio”. Esto es, no forzándolo nadie, no aconsejándolo nadie, sino por su propio designio, impulsado por su bondad, nos salvó. Esto significa lo de “por su designio”.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre la segunda Carta a Timoteo, 2; PG 62, 608).

Dios podía darte su gracia con un látigo, o en un recipiente terreno, o, si quieres, en un recipiente de oro y diamantes, o por medio de un ángel; pero no fue así, sino que tuvo a bien *“darte su gracia por medio de Jesucristo”*. Al pasar la gracia divina por un recipiente tan divino como la misma divinidad del Verbo encarnado, no se te puede dar la gracia de otro modo más elegante, ni enriquecida con mayor riqueza. De aquí la impor-

tancia que tiene el que tú estés inserto siempre en el Corazón de Cristo Jesús:

«Por consiguiente, ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús.» (Rom. 8, 1).

Y de este modo vienes a constituirte inmerecidamente en el motivo que mueve a Dios a salvarte en atención a su Hijo. Cuando Dios crea lo hace en atención a su Hijo. Dios no quiere que quede frustrada su pretensión de agasajar a su Hijo: no se lo impedirá la maldita pretensión diabólica de arruinar la obra creadora de Dios. Y así Dios se goza dándote su gracia por Cristo Jesús, para hacer que triunfe su Hijo en ti y perezca toda pretensión diabólica de arruinar su obra creadora más mimada.

“Y ahora, esa gracia se ha manifestado por medio del Evangelio, al aparecer nuestro Salvador Jesucristo, que destruyó la muerte y sacó a la luz la vida inmortal”: La gracia de la salvación del hombre estaba silenciada desde la eternidad en el seno de la Trinidad Beatísima, pero “ahora”, en el tiempo, se ha publicado: “manifestado por medio del Evangelio”:

«Pero ahora, independientemente de la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, atestiguada por la ley y los profetas.» (Rom. 3, 21).

Misterio escondido desde siglos y generaciones, y manifestado ahora a sus santos.» (Col. 1, 26).

La manifestación del Verbo de Dios no se hizo de modo inesperado, sino que Dios fue preparando al hombre desde los orígenes de la humanidad, desde la caída de Adán hasta la predicación del Precursor, S. Juan Bautista:

«La esperanza de vida eterna, prometida desde toda la eternidad por Dios que no miente.» (Tit. 1, 2).

La expresión “al aparecer Nuestro Señor Jesucristo” designa el momento de su entrada en la historia:

«Porque se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres.» (Tit. 2, 11).

«Mas cuando **se manifestó la bondad de Dios** nuestro Salvador y su amor a los hombres, él nos salvó, no por obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo.» (Tit. 3, 4-5).

“Al aparecer nuestro Salvador Jesucristo” en la historia del hombre, queda destruida la muerte, reducida a ineficacia e impotencia:

«**Κατ-αργήσαντος**.

Aoristo participio –αργέω (dejar ἄ-εργος, no operativo) reducir a la nada/anular, destruir.» (ZERWICK, M.; Analysis Philologica N. T. Graeci).

«El último enemigo en ser **destruido** será la Muerte.» (1 Cor. 15, 26; cf. Hebr. 2, 14).

Pero Jesús no sólo “destruyó la muerte”, sino que “sacó a la luz la vida inmortal”, es decir, te dio la vida eterna. Aquí no podemos por menos que hacer una parada y adorar postrados...

«**La muerte ha sido devorada en la victoria.**» (1 Cor. 15, 54).

Tu vida no adquiere su verdadero significado sino en relación con la vida eterna que Cristo te ha dado. ¡Dios sea bendito!

3ª Lectura (Mt. 17, 1-9)



“Su rostro resplandeció como el sol”

«En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Pedro entonces tomó la palabra y dijo a Jesús: –Señor, ¿qué hermoso es estar aquí! Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: –Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle.

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y tocándolos les dijo: –Levantaos, no temáis.

Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: –No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.» (Mt. 17, 1-9).

“Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan”:

La necesidad que siente Jesús de comunicarse con su Padre, la quiere compartir con sus discípulos. Así como Dios creó al hombre para hacerlo

partícipe de la gloria de Dios, así, a la par, Jesús ahora quiere hacer partícipes a sus discípulos del amor del Padre.

“Y se los llevó aparte”: Solamente los más íntimos son llamados “*aparte*” para ser testigos temporales de la gloria eterna de Dios. Estos mismos apóstoles serán también testigos de la resurrección de la hija de Jairo (Mc. 5, 37) y de la pasión de Jesús en el Huerto (Mc. 14, 33).

“A una montaña alta”: El Tabor. En las alturas montañosas se daban las grandes teofanías de Dios para su pueblo. Jesús elige este lugar para dejar constancia de la importancia que reviste el acontecimiento de la Transfiguración que van a contemplar sus tres discípulos más íntimos.

En Jesús todo es amor: te lleva a ti en la altura de su Corazón para hacerte partícipe de la gloria divina. Jesús te quiere llevar muy alto: ¿Te dejarás llevar?

Las *elevaciones de Jesús hacia las cumbres* preparan los ánimos de los suyos para enmarcar acontecimientos importantes. Jesús eleva al hombre, *no abaja el Evangelio*.

Es iniciativa de Jesús llevar aparte y a lo alto:

«Vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis *gloriosos* con Él.» (Col. 3, 3-4).

S. Mateo y S. Lucas presentan **dos realidades**:

- **Dios Arriba Bendiciendo Quiere bajar**
- **Hombre Abajo Durmiendo Quiere subir**

Jesús une estos dos extremos: hace bajar al Padre en las teofanías y hace subir al hombre en las ascensiones.

A la montaña (al Sinaí) subieron en la antigüedad Moisés y Elías. Allí se dieron las grandes teofanías, como ocurre ahora en el Tabor con Jesús.

Abram miraba a lo alto, al cielo:

«Y sacándole afuera, le dijo: “**Mira al cielo**, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas.” Y le dijo: “Así será tu descendencia.”» (Gén. 15, 5).

S. Pablo dirá a los filipenses:

«Somos ciudadanos **del cielo**.» (Fil. 3, 20).

Pero los enemigos de la cruz aspiran a cosas terrenas.

«Porque muchos viven según os dije tantas veces, y ahora os lo repito con lágrimas, como **enemigos de la cruz de Cristo**, cuyo final es la perdición, cuyo Dios es el vientre, y cuya gloria está en su vergüenza, que **no piensan más que en las cosas de la tierra**. Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual **transfigurará este miserable cuerpo** nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas.» (Fil. 3, 18-21).

Ahora Jesús aparece en su Evangelio elevando hacia las cumbres solitarias para unir al hombre con Dios mediante la oración. El esfuerzo tan grande que hacen subiendo a la altura de la montaña no va orientado para ver un museo o un teatro. Reservan sus fuerzas para gastarlas por Dios sin el estorbo de criaturas.

“**Se transfiguró delante de ellos**”: Aquí no es como en el caso de Moisés en el Sinaí, donde ardía la zarza y Moisés recibe la Ley de Dios. En el Tabor el que arde en gloria es el mismo Dios del Sinaí y el que entrega la nueva Ley del Evangelio para todas las gentes.

Se manifestó la divinidad. Toda teofanía tiene una enmarcación de piedad: la oración.

Dice S. Lucas:

«Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió.» (Lc. 9, 29).

La oración te va transformando hasta adquirir aquel semblante nativo de los bienaventurados. No descendas de las alturas orantes si quieres perseverar con la imagen divina impresa en ti por la gracia.

Cuando se accede a subir se encuentra el hombre con un Dios transfigurado, diferente al que contempla abajo en el valle. Hay que subir mucho para hablar con propiedad de Dios.

“Y su rostro resplandecía como el sol”: El resplandor del rostro y vestidos, pureza celeste, contrasta con la negrura terrestre. En el cielo hay luz deslumbrante (sol, luna, estrellas...), en la tierra hay oscuridad:

*«El pueblo que habitaba en tinieblas ha visto una gran luz; a los que habitaban en paraje de **sombras de muerte** una luz les ha amanecido.» (Mt. 4, 16).*

Se manifiesta la divinidad en la *soledad de las alturas*, al socaire de la oración, para fortalecer a los suyos y que puedan sobrellevar sin claudicación total el escándalo de la cruz inminente.

Procura imitar la vida de Jesús para que se manifieste en ti la divinidad en una vida santa.

«EL BATANERO DIVINO.

Los bataneros en la tierra son probablemente “los sabios de este mundo” (1 Cor. 3, 19), los que se preocupan de la literalidad de las expresiones y la mantienen con brillantez y limpieza, hasta el punto de pensar que su arte de bataneros, por así decirlo, puede hacer bellos incluso los pensamientos indecentes y las doctrinas falsas. En cambio, el que muestra a los que subieron sus vestidos resplandecientes y más luminosos que lo que pueden hacer con su arte los bataneros, es el Logos; es Él quien, en las expresiones de las Escrituras, que muchos desprecian, muestra el esplendor de los pensamientos, puesto que es el vestido de Jesús el que se muestra blanco y reluciente (cf. Lc. 9, 29).» (ORÍGENES, Comentario al Evangelio de Mateo, 12, 39; GCS 40, 156-157).

«EL VESTIDO DEL CREYENTE.

Si alguno preguntara qué significa simbólicamente el vestido del Señor, que se volvió blanco como la nieve, podemos entender con razón que se refiere a la Iglesia de sus santos... que en el momento de la resurrección serán purificados de toda mancha de pecado y de cualquier oscuridad de mortalidad (cf. 1 Cor. 15, 42-44). Por eso el evangelista Marcos dice sobre el vestido del Señor: “Se volvieron blancos como la nieve, que ningún batanero en la tierra pudo blanquear” (Mc. 9, 3). Es claro a

todos que nadie puede vivir en la tierra sin corrupción y dolor, y todo sabio conoce, aunque los herejes no lo admitan, nadie puede vivir en la tierra sin mancha de pecado. E incluso ningún batanero, es decir, ningún médico de almas o purificador destacado de su propio cuerpo puede hacer en la tierra lo que el Señor hará en el cielo, cuando purifique su vestido, es decir, la Iglesia “de toda impureza de la carne o del espíritu” (2 Cor. 7, 1) y la restaure de nuevo con la bienaventuranza y la luz eterna de la carne y del espíritu.» (S. BEDA, Homilías sobre los Evangelios, 1, 24; CCL 122, 173-174. La Iglesia será purificada en el Cielo).

“Y sus vestidos se volvieron blancos como la luz”: El vestido expresa a la persona que lo viste. Pues bien, quien se acerca a Dios, con desprendimiento y alejamiento del mundo, Dios lo hace brillar con gloria divina, pero en la intimidad solitaria y orante.

“Y se les aparecieron Moisés y Elías”: Al igual que Jesús, también Moisés y Elías se presentan en forma gloriosa. Se anuncia la resurrección para todos los que viven en Jesús.

- En **Moisés** resplandece la Ley.
- En **Elías** resplandece la Profecía.
- En **Jesús** resplandece el Evangelio, que recibe de Moisés y Elías testimonio y veneración.

La presencia de Moisés y Elías con Jesús es un signo y anuncio de que Jesús es el Mesías esperado.

La transfiguración es un esbozo de la resurrección, por eso Moisés y Elías se manifiestan según el anuncio de S. Pablo:

«Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras» (1 Cor. 15, 3).

«PREDICACIÓN SOBRE LA RESURRECCIÓN FINAL.

Moisés y Elías, que hablaban en el monte con el Señor acerca de su pasión y resurrección, significan las predicciones de la Ley y de los Profetas que se cumplen en el Señor... En Moisés y Elías se pueden ver a todos los que reinarán con el Señor (cf. Ap. 22, 5); en Moisés, que murió y fue sepultado, podemos entender a todos aquellos que resucitarán de la muerte en el juicio (Hech. 17, 31-32), mientras que, en Elías, que todavía no ha muerto (cf. 2 Rey. 2, 11), podemos entender a todos aquellos que a

la llegada del Juez todavía se encuentren en vida.» (S. BEDA, Homilías sobre los Evangelios, 1, 24; CCL 122, 174. La Transfiguración apunta de manera simbólica a la resurrección, al final de los tiempos, tanto de los vivos [Elías, quien no murió, sino que fue arrebatado al Cielo] como de los muertos [Moisés, quien murió en el monte de Nebot]).

«SEÑOR DE LOS PROFETAS.

Moisés y Elías aparecen junto a Él para demostrar a los discípulos que no es ni Elías ni ninguno de los profetas, sino el Señor de los profetas. Él transformó su rostro en la montaña, antes de morir, para que no dudarán de la transformación de su rostro después de la muerte, y se dieran cuenta de que el que había cambiado el vestido que le recubría, resucitaría el cuerpo del que igualmente estaba revestido. En efecto, el que ha dado a su propio cuerpo una gloria como persona, puede resucitarle de la muerte que todo hombre experimenta.» (S. EFRÉN DE NISIBI, Comentario al Diatessaron, 14, 8; CSCO 137 [Scrip. arm. 1], 189-190).

“Conversando con Él”: Moisés y Elías conversaban con Jesús. Tú también debes conversar con Jesús: ora. Tómate si es preciso el arduo trabajo de alejarte del valle infecto de sombras, para elevarte a lo más alto de la luz que te sea posible.

¿Y de qué conversaban? –Dice S. Lucas que “*hablaban de su muerte*”. Jesús siempre me habla de muerte, y en cruz. Muere tú a tus desórdenes y alegrarás y aliviarás el Corazón dolorido de Jesús. Muere a tus pasiones y caprichos y te convertirás en luz celeste: transfigurado.

Dice S. Lucas que “*Pedro y sus compañeros se caían de sueño*”. Así de flaca es tu naturaleza. Desfallece en presencia de la divinidad. Duermes cuando el sueño fuera mortal.

Añade S. Lucas: “*y espabilándose vieron su gloria (δόξα) y a los dos hombres que estaban con Él*”. A los tres apóstoles se les manifiesta la gloria del Hombre-Dios para que sobrelleven sin claudicación total el escándalo de la cruz inminente.

Espabilate de tu sueño en el lecho de las criaturas y contemplarás la gloria divina, y contemplarás sin error a los hombres que son de la compañía de Jesús.

Quien no llegue a estos momentos fuertes de experiencia religiosa, ¿cómo estará fortalecido para el escándalo de la Cruz, que llegará?

Dice S. Marcos que *“estaban asustados y no sabía lo que decía”*.

- No chozas, Pedro, sino Cruz.
- No gloria, Pedro, sino Pasión.
- No vida, Pedro, sino muerte: ¿de qué hablaban?

Deja que se derrame por la herida esta vida terrena, deja que se agote la última gota de misericordia increada, deja que deje en el suelo este deje nativo. Deja que adquiera en la Cruz otro deje divino.

Dice S. Lucas que *“se asustaron al entrar en la nube”*: no parece que se trate de un éxtasis, aunque sí hay un sobrecogimiento religioso, pues lo sagrado sobrecoge e infunde un santo temor. Nada que ver con la grosería con la que hoy se quiere acercar cierto sector de pseudo-cristianos a Dios: ¡craso error!

“Pedro entonces tomó la palabra y dijo a Jesús”: Parece que Pedro tiene temor de que finalice el acontecimiento del Tabor, y por ello toma la palabra. Dice S. Lucas: *“mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús”*: ¿tenía miedo Pedro de que al irse Moisés y Elías finalizase la transfiguración? –Por eso promete luego hacer tres chozas, para que permanezcan con Jesús.

Pero en la tierra no perduran los sabores y jugos, aunque sean celestes. Es necesario pasar por la Cruz: *“No sabía lo que decía”*. No sabía lo que le esperaba a S. Pedro. Y es que, si no pasas por la Cruz, quedarán sin purificar tus pecados, e impedido para tu transfiguración.

“Señor, ¡qué hermoso es estar aquí!”: Nada de esto dijo S. Pedro cuando banqueteaba, tampoco lo puedes decir tú de tus diversiones y placeres terrenos. El momento en que el alma prorrumpe en cuerdos desvaríos es cuando entra en contacto con Dios: *“¡qué hermoso!”*.

Que S. Mateo haya querido decirte dónde está el gozo que Dios te tiene preparado, ha sido una dignación a la que debes corresponder y agradecer. Tú, que buscas la felicidad, ya sabes dónde está: ¡cógela!

“Si quieres haré tres chozas”: Ingenuidad petrina: aunque sea la Fiesta de las Tiendas, no habrá chozas celestes en un suelo infecto y reactivo para lo divino. Sólo la cruz hunde sus raíces en las entrañas de este suelo dañado por las aguas de un diluvio infernal. Esas tres moradas son para la eternidad, Pedro.

«UNA PROPUESTA INOPORTUNA.

¡Oh Pedro, aunque hayas subido al monte, aunque estés viendo a Jesús transfigurado, aunque veas sus vestidos blancos, sin embargo, porque Cristo aún no ha muerto por ti, todavía no puedes conocer la verdad!» (S. JERÓNIMO, Comentario al Evangelio de Marcos, Homilía 6; CCL 78, 482-483).

«HARÉ TRES TIENDAS.

Te equivocas, Pedro, como lo testifica otro evangelista: no sabes lo que dices. No vayas a buscar tres tiendas; no hay más que una, la tienda del Evangelio, donde se recapitulan la Ley y los profetas. Pero si buscas tres tiendas, de ningún modo compares a los servidores con el Señor. Haz pues tres tiendas, o más bien, una sola, para el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; única es su divinidad, que sea una también su tienda en tu corazón.» (SAN JERÓNIMO, Comentario al Evangelio de Mateo, 3, 17, 4; CCL 77, 148).

“Una para ti”: Jesús tendría su tienda independiente de los demás acompañantes, mientras que los tres discípulos compañeros de Jesús se quedarían sin morada, estarían presentes como meros espectadores de la gloria de Dios.

“Otra para Moisés”: Es tan grande la gloria de Moisés que se merece toda deferencia, y por esta razón no van a hacer una tienda conjunta para Moisés y Elías. Cada cual tendría su choza. S. Pedro está forzando la situación para que aquella contemplación de la gloria de Jesús y sus acompañantes no desaparezca.

“Y otra para Elías”: No iba a ser menos el gran profeta. Tendría también su tienda donde estaría atrapado por decisión petrina. La autoterminación de S. Pedro en disponer de las vidas ajenas es tan candorosa como inoportuna.

Las tres chozas que ofrece S. Pedro no son para los tres apóstoles, sino para los tres transfigurados: Jesús, Moisés y Elías. ¿De dónde tanta

generosidad para con los otros y tanto olvido de sí? –S. Pedro expresa inconscientemente que el gozo humano no está en el hombre, sino en Dios. La búsqueda de sí lleva al fracaso en el gozo sempiterno, pero el olvido de sí conduce a la gloria:

«El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará.» (Mt. 10, 39).

“Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra”: Las tres chozas tenebrosas propuestas por S. Pedro son sustituidas por esta nube luminosa y única. Las moradas terrenas son sustituidas por la morada celeste.

En esta Teofanía hay una consagración, manifestada en la nube, como en la nube del Sinaí:

*«Ellos miraron hacia el desierto, y he aquí que la gloria de Yahveh se apareció en forma de **nube**.» (Éx. 16, 10).*

Igualmente aparece la consagración en la “sombra” de la Virgen María:

*«El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su **sombra**.» (Lc. 1, 35).*

Y es que quien sube a orar tiene asegurada la protección del Altísimo.

La nube es la forma sensible bajo la cual Dios se manifiesta en el Antiguo Testamento.

*«Yahveh iba al frente de ellos, de día en **columna de nube** para guiarlos por el camino, y de noche en columna de fuego para alumbrarlos, de modo que pudiesen marchar de día y de noche» (Éx. 13, 21).*

*«Dijo Yahveh a Moisés: Di a tu hermano Aarón que no entre en cualquier tiempo en el santuario que está tras el velo, ante el propiciatorio que está encima del arca, no sea que muera: pues yo me hago ver en la **nube** encima del propiciatorio.» (Lev. 16, 2).*

*«Bajó Yahveh en la **Nube** y le habló (a Moisés). Luego tomó algo del espíritu que había en él y se lo dio a los setenta ancianos. Y en cuanto reposó sobre ellos el espíritu, se pusieron a profetizar, pero ya no volvieron a hacerlo más.» (Núm. 11, 25).*

«LA TIENDA DEL ESPÍRITU.

A mí me parece que esta nube era la gracia del Espíritu Santo. Una tienda ciertamente cubre y protege con su sombra a los que están dentro de ella. Pues bien, esto, que ordinariamente hacen las tiendas, lo hizo la nube. ¡Oh Pedro, que quieres hacer tres tiendas, mira la tienda del Espíritu Santo, que a todos nosotros igualmente nos protege!» (S. JERÓNIMO, Comentario al Evangelio de Marcos, Homilía 6; CCL 78, 483).

Junto a Jesús la consagración se extiende en derredor: “*El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija*”.

“Y una voz desde la nube decía”: La voz del Padre pretende autorizar la misión mesiánica de Jesús. Es por lo menos una declaración de la filiación mesiánica de Jesús, que evoca ahora la confesión que había hecho anteriormente S. Pedro sobre la condición de Jesús:

*«Y Él (Jesús) les preguntaba: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” Pedro le contesta: “**Tú eres el Cristo.**”» (Mc. 8, 29).*

Lo que Pedro confesó es afirmado ahora divinamente por el Padre.

“Éste es mi Hijo”: El engendrado antes del tiempo por el Padre, sin madre; el engendrado en el tiempo por la Madre, sin padre. El orante, el dispuesto para cumplir la voluntad del Padre, el transfigurado, el que sube monte, el preparado para la cruz...

El Padre anuncia a su Hijo para ser escuchado y respetado por la humanidad, pero se desoirá su voz y se le colgará de un madero. Ya no tiene más que darte el Padre: ¿qué deseas pedirle ahora?

“El amado (ἀγαπητός)”: El que está en la cúspide de todas las preferencias amorosas del Padre, en relación con el resto de los seres. Nada hay que pueda ser más amado por el Padre que su propio Hijo. Y en relación consigo mismo, se trataría de la propiedad ontológica más hermosa del mismo Dios: Amor amado.

“Mi predilecto (εὐδόκησα)”: Aquel en el que me complazco, en el que me deleito. El objeto de la felicidad del Padre.

Dice S. Lucas: “*el escogido (ἐκλελεγμένος)*”: El Padre quiere aventurar el papel del Hijo en cuanto hombre, de cuya muerte se ha hablado antes y se volverá a hablar después. S. Lucas hace fuerza en la elección mesiánica:

*«Estaba el pueblo mirando (a Jesús en la cruz); los magistrados hacían muecas diciendo: “A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el **Elegido**.” (Lc. 23, 35).*

Repite S. Lucas esta doctrina evocada por el profeta Isaías:

*«He aquí mi siervo a quien yo sostengo, **mi elegido** en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él: dictará ley a las naciones.» (Is. 42, 1).*

«ESTE ES MI HIJO AMADO.

Dado que la pregunta había sido irreflexiva, no mereció (Pedro) respuesta de parte del Señor, sino que el Padre respondió por el Hijo para que se cumpliera la palabra del Señor: “Yo no doy testimonio de mí mismo, sino el Padre que me envió es el que da testimonio de mí” (Jn. 5, 37; 8, 18). Aparece una nube luminosa y los cubre a fin de que aquellos que pedían una tienda material, hecha de ramas o de lona, fueran cubiertos por la sombra de una nube luminosa. Se oye también la voz del Padre, que habla desde el cielo para dar testimonio de su Hijo y, disipando el error de Pedro, enseñarle la verdad a él y, por medio de él, a los otros apóstoles. “Éste es, dice, mi Hijo amado”, a Él se le debe hacer una tienda, a Él se le debe obedecer. “Éste es mi Hijo”, y Moisés y Elías son servidores. Lo mismo que vosotros, ellos deben preparar también una tienda para el Señor en el más íntimo de su corazón.» (SAN JERÓNIMO, Comentario al Evangelio de Mateo, 3, 17, 5; CCL 77, 148-149).

“Escuchadle”: ¿A quién?: ¿A Moisés? ¿A Elías? –No; a Jesús. Estamos en un nuevo orden de cosas y queda aparcado todo el Antiguo Testamento con su Ley y su Alianza cancelada. Ahora estamos ante la Nueva Ley y la Nueva Alianza en la Sangre de Cristo Jesús.

Advertencia solemne sobre la que solemnemente serás escrutado el día de la cuenta. ¡Ay de aquel que hace caso omiso a la voz de la Palabra divina!

“Escuchadle”, sí, escuchadle y se os dará el premio: la gloria en tres tiendas: Padre, Hijo y Espíritu Santo: la SS. Trinidad.

Jesús es legislador y doctor acreditado por la misión que el Padre le confía. Todos están invitados y obligados a escuchar y vivir su enseñanza.

El mandato *“escuchadle”* se refiere a la doctrina de Jesús y, probablemente, a su doctrina sobre el sufrimiento mesiánico:

«Y comenzó (Jesús) a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar a los tres días.» (Mc. 8, 31).

“Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto”:

La voz del Altísimo, la nube que les envolvió, todo el conjunto de aquella majestuosa aparición, causó en el espíritu de los tres apóstoles un sentimiento de terror religioso, y postraron sus rostros hasta el suelo: actitud que vemos en muchas teofanías del Antiguo Testamento. Es una manifestación de profunda adoración y humildad ante la presencia de la divinidad.

“Jesús se acercó”: La iniciativa la tiene que tomar Jesús, pues los discípulos habían quedado fuera de combate a causa del impacto que causan las manifestaciones de Dios a los hombres.

“Y tocándoles les dijo: –Levantaos”: Tras la postración en que se encuentran los discípulos de Jesús frente a lo sagrado, tiene que intervenir Jesús para devolverlos a la realidad de la cruz en que se verán en breve inmersos.

Y uno se pregunta: ¿cómo fue posible que después de esta solemnísimas experiencia sagrada del Tabor, pudiera S. Pedro negar a su Maestro la noche de la pasión tras el Huerto? –La respuesta, fuere la que fuere, debe aleccionarte para estarte prevenido contra ti. No puedes fiarte de ti, pues en breve estarías renegando de Dios.

“No temáis”: Los temores aparentes se desvanecen en compañía de Jesús. Junto a Jesús no existen temores permanentes.

El Señor alienta a los suyos: *“no temáis”*. Ante la experiencia de la vida pecadora de los apóstoles, en contacto con la santidad divina (*“se llenaron de espanto”*), Jesús fortalece los ánimos de los suyos: *“no temáis”*. Aunque indignos han de introducirse en la vida Trinitaria.

“Al alzar los ojos”: La mirada de los discípulos a lo alto ha sido provocada por la desaparición ascendente de Moisés y Elías. Todo lo sagrado proyecta los ánimos de los hombres hacia lo alto. Por aquí debe ir orientada tu vida y tu apostolado: levantar hacia lo alto a ti y a todos los que entren en contacto contigo.

“No vieron a nadie más que a Jesús, solo”: Si solamente quedó Jesús, está claro a quién hay que escuchar. Ante el Evangelio ha de emigrar la Ley y los Profetas:

«Es preciso que él crezca y que yo disminuya.» (Jn. 3, 30).

No te has de aferrar a nada mundano del valle, ni tampoco a nada espiritual del monte: es Dios quien queda en el horizonte de tu vida toda: *“Jesús solo”*.

La narración termina abruptamente en S. Marcos: queda diluido todo lo que no es Jesús. Los apóstoles no han de obsesionarse con la predicación antigua, que se frecuenta en la sinagoga, pero que ha desaparecido en el Tabor. Ahora queda sólo Jesús.

“Cuando bajaban de la montaña”: Se reincorporan Jesús y los tres discípulos (Pedro, Santiago y Juan) al resto de la comunidad apostólica. Pero el descenso a la realidad temporal del valle, en que se han de ver inmersos, no debe llevarlos a olvidarse de las realidades de la montaña que han de vivir por toda la eternidad y a la que habrá que hacer partícipes de ella a todas las gentes:

«Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.» (Mt. 28, 18-19).

“Jesús les mandó”: El precepto prohibitivo de Jesús va orientado a librar a sus discípulos de las incredulidades y burlas de las gentes ante semejante portento del Tabor.

“No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos”: Por eso sólo más tarde escribirá San Juan:

«Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad.» (Jn. 1, 14).

Y S. Pedro:

«Porque recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando la sublime Gloria le dirigió esta voz: “Este es mi Hijo muy amado en quien me complazco.” Nosotros mismos escuchamos esta voz, venida del cielo, estando con él en el monte santo.» (2 P. 1, 17-18).

S. Lucas dice que ellos “guardaron silencio”:

«PARA NO PARECER NECIOS.

“Mientras bajaban del monte, Jesús les ordenó: No contéis a nadie lo que habéis visto” (Mt. 17, 9; Mc. 9, 9). ¿Por qué? Porque sabía que los demás no les iban a creer, les tomarían por locos y les preguntarían: ¿Sabéis de dónde es Elías? Y también: Moisés está enterrado y nadie sabe dónde está su sepultura; y habrían provocado también blasfemias y escándalo. Por eso, nuestro Señor les dice: “Esperad hasta que hayáis recibido el poder” (Hech. 1, 4), porque cuando les habléis no os creerán, pero vosotros resucitaréis a los muertos para su confusión y vuestra gloria.» (S. EFRÉN DE NISIBI, Comentario al Diatessaron, 14, 10; CSCO 137 [Scrip. arm. 1], 191).